

### III

#### DONDE SE VERÁ LO QUE SUCEDIÓ MIENTRAS DORMÍAN COSETTE Y SANTOS

Juan Valjean entró en su casa con la carta de Mario.

Subió la escalera á tientas, satisfecho de las tinieblas, como un buho que lleva ya su presa; abrió y cerró suavemente la puerta; escuchó si se oía algún ruido; se aseguró de que, según todas las apariencias, Cosette y Santos dormían; consumió tres ó cuatro pajuelas antes de encender la luz, ¡tanto le temblaba la mano!, porque había algo de robo en lo que acababa de hacer. Por fin encendió la vela, se recostó en la mesa, desdobló el papel y lo leyó.

En las emociones violentas no se lee, se atropella, por decirlo así, el papel; se le oprime como á una víctima, se le estruja, se le clavan las uñas de la cólera ó de la alegría; se corre hacia el fin, se salta el principio; la atención es febril; comprende en conjunto, sobre poco más ó menos, lo esencial; se apodera de un punto y todo lo demás desaparece. En la carta de Mario á Cosette, Juan Valjean no vió más que esto: «.....Muero; cuando leas esto, mi alma estará á tu lado.»

Al leer estas dos líneas sintió un deslumbramien-

to horrible; se quedó un momento como pasmado del cambio de emoción que se verificaba en él; miraba la carta de Mario con una especie de asombro embriagador; tenía ante sus ojos este esplendor: la muerte del ser aborrecido.

Dió un terrible grito de alegría interior. Todo estaba ya concluído. El desenlace llegaba más pronto de lo que esperaba. El ser que oponía un obstáculo á su destino desaparecía, y desaparecía por sí mismo, libremente, de buena voluntad, sin que él hubiera hecho nada para conseguirlo; sin que fuese culpa suya, «aquel hombre» iba á morir; quizá había ya muerto. Aquí empezó á reflexionar su fiebre.— No, se dijo; aún no ha muerto. Esta carta ha sido escrita indudablemente para que Cosette la lea mañana por la mañana; después de estas dos descargas que he oído entre once y doce no ha habido nada; la barricada no será atacada formalmente hasta el amanecer; pero es igual, desde el momento en que «ese hombre» se ha metido en la guerra, está perdido; será arrastrado por las ruedas. Juan Valjean se sintió libre; iba á encontrarse de nuevo solo con Cosette; cesaba la concurrencia, empezaba el porvenir. No tenía que hacer más que guardar la carta en el bolsillo y Cosette no sabría nunca lo que había sido de «aquel hombre». No hay más que dejar que las cosas se cumplan. «Ese hombre» no puede escaparse. Si aún no ha muerto, de seguro va á morir. ¡Qué felicidad!

Después de decir todo esto se puso sombrío; bajó y llamó al portero.

Como una hora después, Juan Valjean salía vestido de guardia nacional y armado. El portero había encontrado fácilmente en la vecindad con qué completar su traje. Llevaba un fusil cargado y una cartuchera llena de cartuchos. Se dirigió hacia el Mercado.

## IV

## EL EXCESO DE CELO DE GAVROCHE

Mientras tanto, había sucedido una aventura á Gavroche.

Después de haber apedreado el farol de la calle de Chaume, llegó á la de Vieilles-Haudriettes, y no viendo ni «un alma», creyó que era buena ocasión de entonar una de sus canciones.

Su paso, lejos de retardarse con la canción, se aceleraba. Empezó, pues, á cantar mientras seguía la fila de casas dormidas ó aterradas, los siguientes versos:

Murmura un pajarillo,  
Que ayer Atala,  
Se marchó con un ruso  
Por la mañana.  
Y por la noche  
Diz que el ruso á su casa  
La llevó en coche.

Tus ojos hechiceros  
Tienen un tósigo  
Capaz de dar á Orfila  
Veinte soponcios.

Aunque es persona  
Que en toxicología  
No hay quien le tosa.

—  
Al mirar las mantillas  
De Inés y Petra,  
El alma desalada  
Se enredó en ellas.

¡Vaya unos pliegues!  
Cuéntalos, alma mía,  
Si es que te atreves.

—  
Cuando el amor reluce  
Entre la sombra,  
La cara de Dolores  
Pinta de rosas.  
Yo ser espero  
Del jardín de esas rosas  
El jardinero.

—  
Mi corazón volando  
Se escapó un día,  
Mientras Juana al espejo  
Se componía.  
¿Dónde se alberga?  
Creo que será Juana  
La que le tenga.

—  
Una serena noche  
Miré á una estrella,  
La comparé contigo,  
Y dije:—¡Qué fea!  
Porque eres, Ana,  
Más linda que la estrella  
De la mañana.

Gavroche, al mismo tiempo que cantaba, prodigaba la pantomima. El gesto es el acento de la can-

ción. Su rostro, inagotable repertorio de máscaras, hacía gestos más convulsivos y más fantásticos que las bocas de un lienzo roto en un gran viento. Desgraciadamente, como estaba solo y era de noche, no era ni visto ni visible. Hay muchas de esas riquezas completamente perdidas.

De repente se detuvo.

—Cortemos la canción,—dijo.

Acababa de distinguir en el hueco de una puerta cochera lo que se llama en pintura un grupo, es decir, un ser y una cosa; la cosa era un carretón de mano y el ser un auvernés que dormía dentro.

Los brazos de la carreta estaban apoyados en el suelo y la cabeza del auvernés en la tabla del carretón. Tenía el cuerpo encogido en aquel plano inclinado, tocando el suelo con los piés.

Gavroche, con la experiencia que tenía de las cosas de este mundo, conoció que era un borracho.

Era, sin duda, algún mozo de esquina que había bebido demasiado y dormía también demasiado.

—Ahí se ve,—dijo Gavroche,—para qué sirven las noches de verano. El auvernés se duerme en el carretón; pues cojo el carretón para la república y dejo el auvernés á la monarquía.

Habíase iluminado de repente su inteligencia con esta idea:

—Este carretón hará muy bien en nuestra barricada.

El auvernés roncaba.

Gavroche sacó suavemente el carretón por detrás y al auvernés por delante, es decir, por los piés, y en un minuto el pobre hombre, imperturbable, estaba tendido en el suelo.

El carretón estaba libre.

Gavroche, acostumbrado á hacer frente en todas ocasiones á lo imprevisto, llevaba siempre todo con-

sigo; metió la mano en el bolsillo y sacó un pedazo de papel y una punta de lápiz rojo, robado á algún carpintero, y escribió:

«*República francesa.*»

»Recibí tu carretón.»

Y firmó «GAVROCHE.»

Hecho esto, puso el papel en el bolsillo del chaleco de pana del auvernés, que seguía roncando, cogió el carretón y partió hacia el Mercado, empujando el carretón al galope y en aire de triunfo.

Esto era peligroso, porque en la imprenta real había un cuerpo de guardia. Gavroche no pensó en ello. Aquella guardia la montaban nacionales de las cercanías, que empezaban á despertar y á levantar la cabeza de las camas de campaña. Los faroles rotos á pedradas, aquella canción á grito pelado, eran cosas demasiado graves en calles tan miedosas, que desean acostarse al ponerse el sol y que apagan la luz muy temprano. Hacia una hora que el pilluelo metía en el barrio el mismo ruido que un moscardón en una botella. El jefe de la guardia lo escuchaba y esperaba; era un hombre prudente.

El estrépito del carretón, al rodar, llenó la medida de la expectación y determinó al sargento á hacer un reconocimiento.

—Viene toda una partida,—se dijo;—vayamos con tiento.

Era claro que la hidra de la anarquía había salido de su agujero y se paseaba por el barrio.

El sargento se aventuró á salir fuera del cuerpo de guardia sin hacer ruido alguno.

De repente Gavroche, empujando su carretón, en el momento en que iba á desembocar en la calle de Vieilles-Haudriettes, se encontró frente á frente con un uniforme, un chacó, un plumero y un fusil.

Se detuvo por segunda vez.

—¡Calla!—dijo.—Es él: buenos días, orden público.

El asombro de Gavroche era muy breve y se pasaba en seguida.

—¿A dónde vas, tunante?

—Ciudadano,—dijo Gavroche,—aún no os he llamado propietario. ¿Por qué me insultáis?

—¿A dónde vas, pícaro?

—Caballero,—respondió Gavroche,—ayer erais tal vez un hombre de talento, pero lo habéis perdido esta mañana.

—¿Te pregunto que á dónde vas, pillete?

Gavroche respondió:

—Habláis perfectamente: nadie dirá la edad que tenéis; debíais vender vuestros pelos á cien francos por pieza y tendríais quinientos francos.

—¿A dónde vas? ¿A dónde vas? ¿A dónde vas? Bandido.

Gavroche respondió:

—¡Vaya unas palabras feas! La primera vez que os den de mamar, deben limpiaros mejor la boca.

El sargento caló bayoneta.

—¿Me dirás por fin á dónde vas, miserable?

—Mi general,—dijo Gavroche,—voy á buscar al comadrón para mi esposa que está de parto.

—¡A las armas!—gritó el sargento.

Salvarse con lo mismo que ha sido causa de la perdición es muy propio de los hombres fuertes; Gavroche midió de un golpe toda la situación; el carretón le había comprometido, el carretón debía protegerle.

En el momento en que el sargento iba á caer sobre Gavroche, el carretón, convertido en proyectil y lanzado con fuerza, caía sobre él, y, dándole en medio del vientre, le tiraba boca arriba en el arro-

yo, al mismo tiempo que se disparaba el fusil al aire.

Al grito del sargento salieron atropelladamente los que estaban en el cuerpo de guardia; el tiro fué seguido de una descarga general al acaso, después de la cual cargaron los fusiles y empezaron de nuevo el fuego.

Duró el fuego al aire un buen cuarto de hora, y mató algunos cristales.

Mientras tanto, Gavroche, que había retrocedido corriendo, se detuvo cinco ó seis calles más allá, y se sentó sofocado en el guardacantón de la esquina de los Niños Rojos.

Allí escuchó.

Después de haber descansado un momento, se volvió hacia el sitio donde se oía el fuego, levantó la mano izquierda á la altura de la nariz, y la separó tres veces hacia adelante, dándose con la mano derecha en la nuca; gesto soberano en que la pillería parisiense ha condensado toda la ironía francesa, y que es verdaderamente eficaz, porque ha durado medio siglo.

Una amarga reflexión turbó esta alegría.

—Sí,—dijo,—me muero de risa, reviento de placer, pero pierdo mi camino, y tengo ahora que dar un rodeo. ¡Con tal que llegue á tiempo á la barricada!

Entonces siguió su carrera.

Y dijo corriendo:

—¡Ah! ¿Dónde estaba yo?

Y volvió á entonar su canción, pasando rápidamente por las calles, y perdiéndose en las tinieblas estos versos:

Pero como hay Bastillas  
Y otros presidios,

Conviene ahora ocuparse  
En destruirlos.

¡Que viva el pueblo!  
Y húndase el viejo mundo,  
Ruinoso y feo.

—  
Carlos Díez se ha marchado  
Al ver la risa  
De este pueblo que unánime  
Le dió una silba.

Sirva de ejemplo,  
Y hágase nuestro gusto  
Cuando silbemos.

La alarma del cuerpo de guardia no dejó de tener resultado. El carretón fué conquistado y el borracho hecho prisionero. El primero se puso en una leñera; el segundo fué después perseguido ante un consejo de guerra como cómplice. El ministro público de entonces dió pruebas en estas circunstancias de su infatigable celo por la defensa de la sociedad.

La aventura de Gavroche, que vive en la tradición del barrio del Temple, es uno de los recuerdos más terribles de los antiguos vecinos del Marais, y se titula en su memoria: «Ataque nocturno del cuerpo de guardia de la Imprenta real.»